

Alain Minc

Mi vida con Marx

Traducción de
Julia Argemí

Herder

Título original: Ma vie avec Marx

Traducción: Julia Argemí

Diseño de la cubierta: Toni Cabré

© 2021, Editions Gallimard, París

© 2022, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4860-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Liberdúplex

Depósito legal: B-14401-2022

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ALAIN MINC, «EL VISITANTE VESPERTINO»	
<i>Prólogo de Gregorio Luri</i>	9
INTRODUCCIÓN	17
1. EL PODER DEMIÚRGICO	
DEL CAPITALISMO	21
2. LA AUDACIA PROMETEICA	
DE PENSAR LA GLOBALIDAD	37
3. MARX, POR FIN LIBERADO	
DEL COMUNISMO	55
4. UN HOMBRE TOTAL	69
5. LA ETERNA CUESTIÓN DE LOS	
JUDÍOS RUPTURISTAS	87
6. CINCO CONTRA UNO	97
7. ¡MARX, VUELVE!	115

Alain Minc nació el 15 de abril de 1949, el año de la creación de la OTAN, cuando la Guerra Fría teñía de incertidumbre el futuro de una Europa que aún conservaba muy frescas las cicatrices de la Segunda Guerra Mundial. Apenas hacía un año que sus padres habían conseguido la nacionalidad francesa. Los Minc eran judíos polacos, criados en familias ortodoxamente religiosas, pero a los que el viento de la historia empujó hasta el otro extremo occidental de Europa, primero a Burdeos, en cuyos muelles se integraron en una célula comunista y donde conocieron a Caridad Mercader, la madre del asesino de Trotsky, y después, en 1937, a París. Al estallar la guerra, participaron en la resistencia. El padre de Alain, Joseph Minc cuenta todo esto de manera honesta en sus memorias, *La extraordinaria historia de mi vida ordinaria*.

Alain se define más como un europeo francés, que como un francés europeo. Lo europeo —insiste en ello— ni anula ni disuelve sus raíces. «Cada uno puede ser francés a su manera», proclama en *Un français de tant de souches* (2015). Ha crecido políticamente convencido de que «Europa es nuestro único futuro». Pero, «lamentablemente», me reconoce, «no se convertirá en la Federación con la que he soñ-

do». En una conversación telemática (neologismo, por cierto, creado por él), me revelaba su frustración porque «no logrará tener una identidad estratégica y militar plena. Ahora bien, gracias al euro no se disolverá. En un mundo dominado por la economía de mercado, una moneda es un cemento inigualable».

Pasados sus años de ruido y furia, la anciana Caridad Mercader se instalará en París e irá a comer con sus amigos cada miércoles. En una ocasión, Alain, que tendría 8 o 9 años, se atrevió a llevarle la contraria a la tronante invitada, que montó en cólera, lo trató de pequeño insolente y, a partir de aquel momento, le negó su afecto. Tengo la sensación de que siempre ha llevado el despecho de Caridad como una especie de medalla al valor precoz.

Fue un niño estudioso, de excelente memoria, inteligente, metódico y muy vivaz; alegre, dispuesto a echar una mano a sus camaradas y que alcanzó una gran popularidad gracias a sus extensos conocimientos deportivos, especialmente de fútbol y ciclismo. Aprobó brillantemente el bachillerato y se dirigió, como parecía su destino natural, a una de las *Grandes Écoles*, en concreto a la École des Mines. Pero su vocación estaba más en la ingeniería política que en la mineral, como se lo hizo ver un profesor espabilado, que lo animó a que cursara, al mismo tiempo, *Sciences Po* (Políticas). De esta manera consiguió que se le abrieran posteriormente las puertas de la ENA (École nationale d'administration).

Trabajó en la inspección de finanzas, como un representante más de la meritocracia de la que Fran-

cia se sentía tan orgullosa antes de que el populismo erosionase el prestigio de las élites republicanas. Pero tampoco tenía suficiente con la alta administración y se pasó al (alto) sector privado. No creo que lo hiciera simplemente para ganar más. Obviamente, el dinero no le desagrada, pero lo que lo impulsó fue, sobre todo, la necesidad de dar salida a una ambición más amplia. Quería tomarle el pulso al presente continuo de la vida política y económica. Si la aventura es vivir apasionadamente lo que se hace en la intersección del azar y la necesidad, hay en Alain un singular espíritu aventurero, que parece haber conseguido hacer del cartesianismo una geometría del riesgo. No hay en él nada de tartarinesco. No improvisa. No va de mascarón de proa de sí mismo.

La agenda de Alain es el «quién es quién» de la Europa intelectual, política, periodística, empresarial, artística... Ahora bien, aunque utiliza con facilidad la palabra «amigo», sus amigos de verdad, aquellos que considera como hermanos, son, como tiene que ser, pocos. Creo acertar si incluyo entre ellos a Philippe Labro (periodista, escritor, director de cine, autor de más de una veintena de libros), a Jean-Michel Darrois (el abogado más influyente de Francia, especializado en fusiones y compras de empresas) y, sobre todo, a Franz-Olivier Giesbert. Con este último, conocido como el «don Juan del poder» —e incluso como «la mayor bestia mediática francesa»— conviene hacer punto y aparte.

Giesbert es un escritor, ensayista y polemista brillante que disfruta metiéndose en todas las char-

cas del poder y nunca es él el que sale salpicado. Ha sido director del *Nouvel Observateur*, *Le Figaro* y *Le Point*. Se ha enfrentado a Mitterrand, Chirac, Sarkozy, Villepin y Hollande y tiende a ver a los políticos con los ojos de un ayudante de cámara. Alain y él son, aparentemente, tan distintos que Marion van Renterghem los trata de «Descartes y Victor Hugo». Pero su amistad se ha fortalecido con sus diferencias (y con algunas afinidades electivas, como su común admiración por Pierre Mauroy o Raymond Barre). Giesbert reconoce, abiertamente, su fascinación por la inteligencia conceptual de Alain.

«Uno», me cuenta Alain, «puede definirse claramente en política priorizando los tres o cuatro resortes de la propia *Weltanschauung*, que pueden ir más allá de las clásicas líneas divisorias entre izquierda y derecha. Me considero, ante todo, europeísta. Luego viene una concepción liberal de la democracia, es decir, el sufragio universal y la existencia de *checks and balances*. Finalmente tengo una visión universalista, asimilacionista de la ciudadanía y no comunitaria. Por lo general, los liberales tienen una percepción comunitaria de la democracia y aquellos que, por el contrario, ven solo el sufragio universal como base de la democracia son universalistas y asimilacionistas. Desde este punto de vista, no soy reducible ni a unos ni a otros».

Le han ofrecido cargos políticos muy relevantes, incluso ministeriales (con Sarkozy y Macron), pero los ha rechazado. Prefiere —dice— mantenerse al margen para, si es necesario, poder criticar a los polí-

ticos con franqueza. Lo que le gusta es ser influyente, ser «el hombre en las sombras». Por eso se ha ganado el mote de «el visitante vespertino» o de «el hombre que susurra al oído de los poderosos».

Alain, como me han asegurado personas que lo consultan en España, es un fiable consejero de príncipes. Gracias a su perspicaz inteligencia, su descomunal capacidad de trabajo y la red de sus amistades, sus fuentes son muy fiables. «La vida», nos cuenta él en su *Voyage au centre du système* (2019), «me ha dado, desde hace cuarenta años, la oportunidad de encontrarme en el cruce de varios mundos: político, económico, mediático, intelectual». Esto es lo que nos pone de manifiesto en uno de sus últimos libros, «*Mes*» *présidents* (2020): «La quinta República ha acompañado toda mi vida, y sus presidentes —nuestros reyes— también: primero de lejos, después de cerca, finalmente, de muy cerca». A Emmanuel Macron lo guio en sus primeros pasos por el mundo de la política. Y quizás la evolución de Ciudadanos en España hubiera sido diferente si hubiesen seguido sus consejos.

«Yo no tengo poder, tengo influencia», le gusta decir. Pero el que sabe susurrar a los oídos del rey no es un influyente cualquiera. Para ser honesto con este ser humano llamado Alain Minc añadiré que no es omnisciente. Por ejemplo, el 25 de octubre de 2016 anunció en *L'Express* que «Hillary Clinton será elegida —a Dios gracias— y hará una política clásica».

No sabe estar con los brazos cruzados. Su mente debe estar ocupada continuamente. Nunca pierde un minuto. Su puntualidad es tan notable «que da la

impresión de que tiene un reloj suizo en el cerebro», me dice alguien que lo conoce muy bien. A menudo ha explicado en entrevistas que la vida es tan corta que para vivirla intensamente hay que multiplicar el tiempo por 2 o por 3, y que para ello no hay otro camino que la gestión cuidadosa de la agenda. Disfruta aprovechando al máximo sus fines de semana. Si no se ha afiliado a ningún partido, sospecho que es porque está decidido a ser el único dueño de su tiempo y disponer así de la posibilidad de escabullirse de lo inmediato y elevar el vuelo teórico hasta las alturas en las que se puede poner a dialogar con sus principales referentes intelectuales: Braudel, Tocqueville, Keynes, Renan... y Marx.

En *Une humble cavalcade dans le monde de demain* (2018) constata algo que parece preocuparle especialmente, y que no sé si tiene algo de humilde confesión personal: «vivimos en relación con los problemas contemporáneos en un desierto intelectual. Sin ideología no existe fuerza social. Sin fuerza social, no hay política posible».

Lleva 43 libros publicados, todos escritos con un lenguaje claro, directo, austero pero elegante, bien tramados, en los que, con frecuencia, el lector lamenta que no haya dedicado un poco más de tiempo a desarrollar las muchas intuiciones que atraviesan sus páginas y quedan meramente esbozadas. Marx es una presencia constante. Admira su ambición teórica y práctica, en un tiempo en que, como el nuestro, «la creciente fragmentación del saber y del saber hacer hará cada vez más difícil el surgimiento

de intelectuales “globales”, con ilimitados campos de intervención. La audacia de los académicos a salir de su esfera de confort se verá reducida, mientras que el mundo académico será más que nunca el baño amniótico de la intelectualidad. Nuestras universidades se amoldarán cada vez más al modelo anglosajón. Sin embargo, ni Harvard ni Berkeley ni el MIT favorecen la aparición de perfiles atípicos y disruptivos; crean especialistas indiscutibles que solo se desvían de sus campos de competencia para firmar peticiones sobre simples cuestiones éticas».

A ninguno de los que seguimos a Minc nos sorprendió que en 2021 publicara *Ma vie avec Marx*, resaltando, eso sí, que ni él ni Marx se consideran marxistas, aunque el segundo se empeñe a veces en demostrar lo contrario de forma caricatural. Minc —insisto en ello para recoger su propia insistencia— echa de menos la ambición de «un pensamiento que conjugue de manera indisociable la filosofía, la historia, la economía y la sociología» con la finalidad de transformar lo real. «Por su ambición, por su desmesura, Marx no tiene parangón». En este sentido se considera, sin reparos, «el último marxista francés».

«Desde entonces, el viejo Karl y yo no nos hemos separado. Cuanto más la vida me hacía penetrar en los arcanos del capitalismo, más me parecía único Marx: solo él había entendido, descrito, ensalzado, calado a fondo un sistema en el que la economía de mercado y los movimientos profundos de la sociedad están unidos indisolublemente». Pero «el tiempo de los pensamientos globales ha terminado. No habrá otro

Marx y el hecho de que ya no habrá un pensamiento global hace que la ambición marxista sea aún más fascinante porque habrá sido única en su género».

Alain es, claro está, un marxista *sui generis*, que cree que «el mercado —o el capitalismo— no es una idea. Es el equivalente en el ámbito económico de la ley de la gravedad en la física. Es un estado de naturaleza del que no podemos escapar. Esto es lo que me hizo entender Braudel con su trilogía. Hay varias formas de capitalismo y puedes pasar de una a otra. En mi opinión, la mejor forma es el mercado templado por el Estado de derecho y los mecanismos redistributivos, es decir, la economía social de mercado o la socialdemocracia; entre los dos, solo difiere el nivel de redistribución».

Alain es una persona muy celosa de su privacidad, a pesar de ser un personaje eminentemente público. Ningún periodista ha conseguido que le revelara una intimidad. A menudo dice de sí mismo: «*Je ne m'intéresse pas*». Quiere decir que no siente ningún deseo de dedicarse a la introspección y el autoanálisis. Pero no parece desdeñar el interés que los demás muestran por él. Yo lo admiro. Admiro su europeísmo, su inteligencia siempre despierta, su capacidad de trabajo. Y agradezco que me haya prestado su ayuda siempre que se la he pedido.

GREGORIO LURI

Cuando en mi infancia leía a Erckmann-Chatrian —dos autores unidos por un guion, olvidados hoy en día—, oía hablar a mis padres, que eran comunistas en aquel entonces, de Marx y Engels, que me parecían ser los equivalentes para los adultos. Estos apellidos emparejados mecen mis recuerdos, del mismo modo que el *escubidú*, o el vaso de leche que nos distribuían en clase, por indicación de Pierre Mendès France. Así fue la primera aparición de Karl Marx en mi vida; después, en las encendidas conversaciones entre militantes comunistas, llegó otra expresión doble: el marxismo-leninismo, como si el pobre Marx tuviera vetada una existencia individual.

Cansado de esta extraña melodía de las palabras —Marx-Engels, marxismo-leninismo—, había expulsado a Marx de mis intereses de adolescente antes de que la vorágine de Mayo del 68 lo convirtiera en un personaje cotidiano. Y heme aquí, como tantos otros, soltando peroratas en las aulas entusiastas y en reuniones acaloradas sobre la *ruptura epistemológica*, es decir, sobre la transición entre el Marx idealista y el Marx científico que Louis Althusser rastreaba incansablemente. Algunos, los menos entre nosotros, habían leído suficientemente a Marx como para

crear ilusiones en este debate conceptual. Otros, muy numerosos, entre los que estaba yo, disertaban sobre este tema durante horas, sin tener la menor idea de la cuestión, pero convencidos de que la *ruptura epistemológica* establecía el punto de partida de una ciencia que se había convertido en acción, de esta acción que desembocaba en un poder, y de este poder que engendraba una revolución. En lo que a mí respecta, un ejercicio tanto más absurdo, cuanto que la revolución apenas me entusiasmaba y que el mendesismo me parecía que ofrecía una dosis más que suficiente de reformismo.

Habiendo empezado tan curiosamente, incluso de forma un poco cómica, mi vida con Karl Marx podría haber sido muy corta. No me obsesionaba como al joven Jorge Semprún, que cuenta en *El largo viaje* cómo, en el momento en que el tren de la deportación hacia Buchenwald se detiene en la estación de Tréveris, no puede evitar pensar en Marx, nacido y educado en esta pequeña ciudad de Alemania.

El valor de uso, el valor de cambio, la acumulación originaria del capital, el capitalismo monopolista de Estado, la dictadura del proletariado: eran conceptos a los que, en mi juventud, me parecía inútil dedicar tiempo. Por un curioso vericuerdo, tras una larga ausencia, Marx se me hizo presente. Y se lo debo a un desvío a través de la historia, es decir, a través de Fernand Braudel. La lectura de su trilogía sobre el capitalismo, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, fue una revelación, como

ocurre a veces con algunas obras. Los tres niveles del mercado, la salida a la economía-mundo, el mercado como estado de naturaleza y no de cultura de la sociedad, la imbricación entre el juego económico y los movimientos sociales, las pulsaciones del tiempo largo: todos ellos son elementos de un pensamiento global a contracorriente de las visiones parcelarias de la economía tradicional. Ceder a los espejismos y a los misterios del pensamiento global conduce naturalmente al maestro de los maestros, Karl Marx. Braudel era el primero en estar de acuerdo con ello.

Desde entonces, el viejo Karl y yo no nos hemos separado. Cuanto más la vida me hacía penetrar en los arcanos del capitalismo, más me parecía único Marx: solo él había entendido, descrito, ensalzado, calado a fondo un sistema en el que la economía de mercado y los movimientos profundos de la sociedad están unidos indisolublemente. Ciertamente, no leo *El capital* cada noche al acostarme, como otros leen la Biblia. Pero de vez en cuando me sumerjo en este texto como en aguas profundas, y me dejo llevar por la fuerza bruta de las demostraciones, de los enunciados y evidentemente de los presupuestos. Cuando la opacidad y el peso de la obra magna me dan miedo, un breve desvío por el *Manifiesto del Partido Comunista* es un contrapunto útil a la verborrea de los *Financial Times*, *Wall Street Journal* y otros, que constituyen mi pan de cada día. Los sobresaltos de la Unión Soviética, el declive irremediable del comunismo, la explosión liberal de 1989, no han menoscabado la imagen de mi Marx, como si fuera

ajeno al encadenamiento que, del marxismo al leninismo, del leninismo al estalinismo, del estalinismo al fracaso comunista, ha marcado con hierro candente la historia del siglo xx.

Esta dicotomía no es una absolución. Mi Marx no es por ello un personaje simplista, pero encarna una tentativa única de pensar el mundo. Siendo el mejor propagandista del capitalismo, teórico global, padre al menos tanto de la filiación socialdemócrata como del destino comunista, nunca encontró entre los liberales un adversario que estuviera a su altura, con un proyecto tan prometeico en mente. Una ambición tal solo podía ser llevada por un *hombre total*, cuyo pensamiento, cuya acción, cuya vida, con sus grandezas y sus miserias, son un todo. A mi parecer, se añade una cuestión más particular, quizás más personal. Marx se inserta entre Spinoza y Freud en la tradición de los judíos *rupturistas*. ¿Por qué el judaísmo está en su mejor momento cuando rompe con algo? Último avatar de esta vida compartida con Marx: ¿nos sirve para comprender y gestionar el mundo de hoy? Aunque pueda resultar paradójica para muchos, mi respuesta es lapidaria: ¡Sí, más que nunca!

I. EL PODER DEMIÚRGICO DEL CAPITALISMO

La burguesía ha desempeñado un papel eminentemente revolucionario en la historia. Allí donde ha conquistado el poder, ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales e idílicas [...]. La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, lo que significa las relaciones de producción, es decir, el conjunto de las relaciones sociales [...]. Esta perturbación permanente de la producción, esta constante sacudida de todo el sistema social, esta agitación y esta inseguridad perpetuas distinguen la época burguesa de todas las precedentes [...]. Empujada por la necesidad de mercados siempre nuevos, la burguesía invade todo el planeta. Necesita implantarse por doquier, explotar en todo lugar, establecer relaciones en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía otorga un carácter cosmopolita a la producción de todos los países. Para desesperación de los reaccionarios, ha despojado a la industria de su base nacional. Las viejas industrias nacionales han sido destruidas y lo siguen siendo a diario. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya adopción se convierte en una cuestión de vida o muerte para

todas las naciones civilizadas, industrias que ya no utilizan materias primas autóctonas, sino venidas de las regiones más lejanas, y cuyos productos se consumen no solo en el país mismo, sino en todos los rincones del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas por los productos nacionales, nacen nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los confines y los climas más lejanos. En lugar del antiguo aislamiento de las provincias y de las naciones autosuficientes, se desarrollan relaciones universales, una interdependencia universal de las naciones. Y lo que es cierto de la producción material lo es también de las producciones de la mente. Las obras intelectuales de una nación se convierten en la propiedad común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales se vuelven cada vez más imposibles, y de la multiplicidad de las literaturas nacionales y locales nace una literatura universal. Mediante el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y la mejora infinita de los medios de comunicación, la burguesía arrastra en la corriente de la civilización incluso a las naciones más bárbaras [...]. En pocas palabras: modela el mundo a su imagen [...]. La burguesía, a lo largo de su dominación de clase apenas secular, ha creado aspectos productivos más numerosos y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. La domesticación de las fuerzas de la naturaleza, las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a

vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, el desbrozamiento de continentes enteros, la regularización de los ríos, poblaciones enteras surgidas del suelo: ¿qué siglo anterior habría sospechado que tales fuerzas productivas duermen en el seno del trabajo social?

Estas páginas, extraídas del *Manifiesto del Partido Comunista* —en principio, el panfleto más militante—, ofrecen una descripción impactante de la economía capitalista, tal y como se ha desarrollado desde hace un siglo y medio. Se saborean línea a línea, palabra por palabra. En una época, la nuestra, en la que el capitalismo aparece en el mejor de los casos como un mal necesario —«el peor de todos los sistemas, con excepción de todos los demás», al igual que la democracia según la fórmula de Churchill—, ¿quién osaría otorgarle públicamente los mismos méritos que Marx? ¿Quién alardearía de su poder, incluso de su violencia? ¿Quién se atrevería a ver en él un motor de la historia de la humanidad? ¿Quién se convertiría en su defensor?

«Revolucionar constantemente los instrumentos de producción, lo que significa las relaciones de producción, es decir, el conjunto de las relaciones sociales». Marx es testigo de la revolución de la máquina de vapor. Estas palabras anticipan también la revolución de la electricidad, que está a punto de llegar, incluso la revolución digital, que anula ante nuestros ojos «el conjunto de las relaciones sociales».

«Empujada por la necesidad de mercados siempre nuevos, la burguesía invade todo el planeta [...]. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía otorga un carácter cosmopolita a la producción de todos los países». ¿Existe una definición mejor de la globalización? El mercado es global; los productos también. Se diría que es la descripción del mar de fondo que, tras la caída del comunismo, barrió el planeta, situándolo en las normas de un capitalismo que a partir de ahora es mundial.

«Para desesperación de los reaccionarios, ha despojado a la industria de su base nacional»: tras las palabras de Marx, percibimos la nostalgia de los soberanistas de toda índole, en busca de una protección y de una reconquista ilusorias del mercado nacional.

«En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas por los productos nacionales, surgen nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los confines y los climas más lejanos». Desde las fresas producidas en Sudáfrica y vendidas en los mercados parisinos hasta los iPhones surgidos de las cadenas de producción que recorren los continentes, lo que describe el *Manifiesto del Partido Comunista* es el mercado actual.

Lo que es cierto para la producción material también lo es para las producciones intelectuales. «Las obras intelectuales de una nación se convierten en la propiedad común de todas». A la luz de las profecías de Marx, ya no queda apenas lugar para la *excepción cultural*, que tanto apreciamos. La dinámi-

ca capitalista, como si fuera un tornado, barre a su paso tanto la cultura como la industria. Casi parece despuntar una justificación producida por Disney sobre los beneficios de su modelo.

«La domesticación de las fuerzas de la naturaleza, las máquinas, [...] el desbrozamiento de continentes enteros, [...] poblaciones enteras surgidas del suelo: ¿qué siglo anterior habría sospechado que tales fuerzas productivas dormirían en el seno del trabajo social?». ¿Existe hoy en día algún economista que se atreva a afirmar con tal lirismo la naturaleza revolucionaria del mercado, así como el carácter demiúrgico del capitalismo? ¡El ambiente y una pizca de mala conciencia lo obligarían a moderar su entusiasmo, con la ayuda de una descripción minuciosa de los estragos del mercado!

Hace veinte años, al describir las consecuencias de la feliz globalización, no me habría permitido nunca tanto entusiasmo. Para nosotros, mirar el capitalismo como un estado inevitable de la sociedad no supone que lo asimilemos al bien. Marx lo hace despojado de sentimientos: para él, es un progreso de la humanidad, aunque sea un estado intermedio antes del advenimiento de la sociedad sin clases. Para él, por tanto, el proteccionismo es conservador, mientras que el libre comercio es revolucionario: acelera la mutación de la sociedad. Para aquellos que lo recuerdan, el intento de toma de control de la Société Générale de Belgique, que llevé a cabo en 1988 junto con Carlo de Benedetti, era, en el fondo, un gesto político. ¡Éramos como Marx sin proclamarlo! Derrocar la ciudadela

más conservadora de Bélgica, que encerraba su vida económica, era, a escala de ese pequeño país, un gesto *revolucionario*. Incluso si nuestro intento fracasó, la sacudida fue tal que la vida económica y social belgas quedaron definitivamente transformadas. ¡El juego libre del mercado puede derribar montañas! Con este mismo razonamiento, el maravilloso Bronislaw Gerek me justificaba la elección de una revolución liberal brutal en Polonia, después de 1980, para «disolver el comunismo en el ácido del mercado», me dijo.

Si los comunistas —o lo que queda de ellos— hubieran leído a Marx, se sentirían menos justificados para convertirse en guardianes de una economía encerrada en sí misma, autosuficiente e ineficaz. El autor del *Manifiesto* es, efectivamente, libremercadista con el fin de acelerar la rueda de la historia y el advenimiento posterior del comunismo. Sin duda, los comunistas están convencidos en el fondo de sí mismos de la inanidad de este sueño, y prefieren intentar congelar la economía de mercado gracias al proteccionismo, antes que acelerar un movimiento que anunciaría su propio fin, en la medida en que ya no existe una salida revolucionaria.

En Marx, este poder no viene únicamente del movimiento del capitalismo, sino de la existencia de una clase social, la burguesía, cuya organización, eficacia y proyecto apelan en paralelo a la aparición de otra clase, también organizada, eficaz y decidida: el proletariado prometido en la victoria final. Con toda su dialéctica de las clases antagónicas, la que combate —la burguesía— y la que promete —el

proletariado—, el autor de *El capital* nos da una descripción irénica. Nunca llevó el análisis al punto de distinguir al empresario del burgués. El primero responde a la visión que Marx tiene del transcurrir de la historia, aunque confesarlo le habría llevado, para su consternación, a valorar el peso de los hombres. Encarna la energía infatigable, el gusto por la innovación, el rechazo de todas las barreras, la necesidad absoluta de trascender que cuadra con el retrato robot que Marx hace de la burguesía. El segundo, el burgués, es en muchos aspectos su antítesis: apegado al mundo tal como es, asqueado por la idea de alterarlo, desprovisto de toda ambición de una misión, individual o colectiva, quiere conservar un orden que le garantiza prebendas, rentas y estatus.

Sin duda, hay que aderezar la aproximación de Marx con una ración de Joseph Alois Schumpeter, quien está convencido de la misión del empresario para dar al concepto de burguesía su verdadera densidad. Si contemplamos hoy Silicon Valley, ¿cómo no distinguir entre los empresarios de internet y los gestores del *private equity* (fondos de inversión privados que compran empresas con escasos fondos propios y muchas deudas), burgueses que se aprovechan de los intersticios del sistema? Los primeros hacen historia, tal como Marx describió su transcurrir; los segundos se contentan con sacar provecho de ello.

Marx entrevé esta distinción cuando describe el capitalismo *comprador*,¹ punto último de la apro-

I En español, en el original. (N. de la T.)

piación de las rentas por parte de un estrato poco emprendedor, resguardado por el proteccionismo y poco deseoso de invertir. Parecería que leemos, en un guiño de la historia, la descripción de la oligarquía que, sobre las ruinas de la Unión Soviética, se hizo con los recursos mineros, los transformó en instrumentos de poder social, sin preocuparse por invertir, por desarrollar, por emprender. La categoría social que construyó su fortuna sobre el fracaso del comunismo aparece, pues, en un lugar destacado en *El capital*: sin duda, ignora este guiño de la historia, teniendo en cuenta hasta qué punto los análisis del marxismo le son evidentemente ajenos.

Según Marx, si la máquina capitalista se lanza a toda velocidad, solo puede conducir a la constitución de monopolios, esto es, al inicio del encadenamiento que llevará al sistema hasta su destrucción y al advenimiento del comunismo. Ahí es donde surgen los problemas. Para el autor de *El capital*, la orden de la Federal Trade Commission que dismanteló en 1911 la Standard Oil of New Jersey es inimaginable: no puede concebir que el sistema segregue sus propios contrapoderes ni que la economía de mercado encuentre en la ley el antídoto a sus propios excesos. Puesto que a veces hace falta que Marx sea prototípicamente marxista, solo ve en el derecho el subproducto de una relación de clases, y, por tanto, el instrumento de una burguesía que rechaza el mínimo límite a su dominación. Le era imposible imaginar el nacimiento de una especie de clase social que agrupara a los tecnócratas y a los innumerables